

El resultado al que llegamos no es que la producción, la distribución, el intercambio y el consumo sean idénticos, sino que constituyen las articulaciones de una totalidad, diferenciaciones dentro de una unidad. La producción trasciende a sí misma en la determinación contradictoria de la producción; trasciende también a los otros momentos del proceso. Es a partir de ella que el proceso comienza siempre de nuevo. Se comprende que el cambio y el consumo no pueden trascender de esta manera sus límites. Y lo mismo puede decirse de la distribución en tanto que distribución de los productos. Pero como distribución de los agentes de la producción, constituye un momento de la producción. Una producción determinada, por lo tanto, determina un consumo, una distribución, un intercambio determinados; determina igualmente las relaciones recíprocas determinadas de estos diferentes momentos. A decir verdad, también la producción, bajo su forma unilateral, está por su parte determinada por los otros factores. Por ejemplo, cuando el mercado, o dicho de otra manera, la esfera del cambio se extiende, la producción se acrecienta y se diversifica cada vez más. La producción se transforma al mismo tiempo que la distribución; por ejemplo, en caso de concentración del capital o de distinta repartición de la población en la ciudad y en el campo, etc. Finalmente, las necesidades del consumo determinan la producción. Una acción recíproca tiene lugar entre los diferentes momentos: es lo que ocurre en todo conjunto orgánico.

3. EL MÉTODO DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

Cuando consideramos un país determinado desde el punto de vista de la economía política, comenzamos por su población, su división en clases, en las ciudades, el campo, el mar, las diferentes ramas de la producción, la exportación y la importación, la producción y el consumo anuales, los precios de las mercaderías, etc.

Parece justo comenzar por lo real y lo concreto, por las suposiciones verdaderas; así, pues, en la economía, por la población que es la base y el sujeto del acto social de la producción en su conjunto. Sin embargo, si se observa de más cerca, uno se da cuenta de que esto es falso. La población es una abstracción si dejas a un lado las clases de que se compone. Estas clases son, a su vez, una palabra sin sentido si ignoras los elementos sobre los cuales reposan, por ejemplo, el trabajo asalariado, el capital, etc. Estos últimos suponen el cambio, la división del trabajo, los precios, etc. El capital, por ejemplo, no es nada sin trabajo asalariado, sin valor, dinero, precios, etc. Si comenzara, pues, por la población, tendría una representación caótica del conjunto. Pero si procediera a través de un análisis cada vez más preciso, lograría conceptos cada vez más simples: de lo concreto representado llegaría a abstracciones cada vez más sutiles hasta alcanzar las determinaciones más simples. Llegado a este punto, habría que volver a hacer el viaje a la inversa, hasta dar de nuevo con la población. Pero ya no tendría ante los ojos una masa caótica, sino un todo rico en determinaciones y relaciones complejas.

El primer camino es el que siguió históricamente la economía política naciente. Los economistas del siglo XVII, por ejemplo, comienzan siempre por la totalidad viviente, la población, la nación, el Estado, varios Estados, etc.; pero terminan siempre por descubrir, mediante el análisis, un cierto

número de relaciones generales abstractas que son determinantes, tales como la división del trabajo, el dinero, el valor, etc.

dinero, el valor, etc. Una vez que esos momentos fueron más o menos fijados y abstractos, comenzaron a surgir los sistemas económicos que se elevan de lo simple, tal como trabajo, división del trabajo, necesidad, valor de cambio, hasta el Estado, el cambio entre las naciones y el mercado mundial. Este último método es manifiestamente el método científico correcto.

Lo concreto es concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones, por lo tanto, unidad en la diversidad. A ello se debe el que aparezca en el pensamiento como proceso de síntesis, como resultado, no como punto de partida, aunque sea el verdadero punto de partida y, en consecuencia, el punto de partida también de la intuición y de la representación. En el primer caso, la representación plena es volatilizada en una determinación abstracta; en el segundo, las determinaciones abstractas conducen a la reproducción de lo concreto por vía del pensamiento. He aquí por qué Hegel cayó en la ilusión de concebir lo real como resultado del pensamiento que, partiendo de sí mismo, se reabsorbe y se profundiza en sí mismo, se mueve por sí mismo, mientras que el método que consiste en elevarse de lo abstracto a lo concreto no es para el pensamiento sino la manera de apropiarse lo concreto, de reproducirlo bajo la forma de un concreto mental. Pero esto no es de ningún modo el proceso de la génesis de lo concreto mismo. La categoría económica más simple, como por ejemplo el valor de cambio, supone una población que produce en determinadas condiciones y también un cierto tipo de familia o de comunidad, o de Estado, etc. Dicho valor no puede existir jamás de otro modo que bajo la forma de relación unilateral y abstracta de un todo concreto viviente ya dado. Como categoría, por el contrario, el valor de cambio posee una existencia antediluviana.

Para la conciencia filosófica está determinada de tal modo que el pensamiento conceptivo es para ella el hombre real, y lo real es el mundo una vez concebido como tal— el movimiento de las categorías aparece como un verdadero acto de producción (el cual, si bien es molesto reconocerlo, recibe el impulso del exterior) cuyo resultado es el mundo; esto es exacto en la medida en que —pero aquí tenemos de nuevo una tautología— la totalidad concreta como totalidad de pensamiento, como un concretum de pensamiento, es en realidad un producto del pensamiento y de la representación. De ninguna manera es un producto del concepto que piensa, que se engendra a sí mismo, en el exterior o por encima de las intuiciones y de las representaciones, sino que, por el contrario, es un producto del trabajo de elaboración que transforma intuiciones y representaciones en conceptos. La totalidad, tal como aparece en el cerebro como un todo pensado, es un producto del cerebro pensante que se apropia el mundo de la única manera posible, manera que difiere de la apropiación de ese mundo en el arte, la religión, el espíritu práctico. El sujeto real mantiene, antes como después, su autonomía fuera de la mente, por lo menos durante el tiempo en que el cerebro se comporte únicamente de manera especulativa, teórica. En consecuencia, también en el método teórico es necesario que el sujeto, la sociedad, esté siempre presente en la mente como premisa.

Pero estas categorías simples, ¿no tienen una existencia autónoma, histórica o natural, anterior a las categorías concretas? Ça dépend [Según]. Hegel tiene razón cuando comienza la filosofía del derecho a partir de la posesión, ya que constituye la relación jurídica más simple del sujeto. Pero no existe posesión antes de la familia, o las relaciones de dominación y de esclavitud, que son relaciones mucho más concretas. En cambio, sería justo decir que existen familias

tribus, que se limitan a poseer, pero que no tienen propiedad. Por ejemplo, el Perú 20. También en las comunidades esclavas, el dinero y el cambio del que ellas dependen se manifiestan muy raramente en el seno de cada comunidad; aparecen en sus fronteras, en su comercio con otras comunidades. Además, es erróneo situar el cambio en el centro de la comunidad como elemento que la constituye originariamente. Al principio aparece más bien en las relaciones de las diversas comunidades entre sí, antes que en las relaciones de los miembros en el interior de una misma y única comunidad. Aunque el dinero haya desempeñado desde muy temprano un papel múltiple, sin embargo, como elemento dominante, pertenece en la antigüedad sólo a naciones desarrolladas de modo unilateral, a naciones comerciales. Y hasta en las naciones más evolucionadas de la antigüedad, entre los griegos y los romanos, el dinero no alcanza su pleno desarrollo —premisa de la sociedad burguesa moderna— sino en el período de su disolución. Esta categoría totalmente simple aparece históricamente en toda su plena intensidad sólo en las condiciones más desarrolladas de la sociedad. Pero de ninguna manera impregna todas las relaciones económicas. En el imperio romano, en la época de su apogeo, el impuesto en especie y las prestaciones en especie, permanecieron como fundamentales. La moneda propiamente dicha sólo se había desarrollado completamente en el ejército y jamás llegó a dominar en la totalidad del trabajo 21. (De modo que aunque la categoría más simple haya podido existir históricamente antes que la más concreta, en su pleno desarrollo intensivo y extensivo, ella puede pertenecer sólo a formaciones sociales complejas, mientras que la categoría se hallaba plenamente desarrollada en una forma de sociedad menos evolucionada)

El trabajo parece ser una categoría totalmente simple. La idea del trabajo en esa universalidad —como trabajo en general— es, ella también, de las más antiguas. Sin embargo, conce-

El "trabajo" es una categoría tan moderna como las relaciones que dan origen a esta abstracción simple. El sistema monetario, por ejemplo, coloca todavía, de un modo completamente objetivo, la riqueza en el dinero, como una cosa totalmente exterior. A este respecto, hubo un gran progreso cuando el sistema manufacturero o comercial transfirió la fuente de la riqueza del objeto a la actividad subjetiva —el trabajo comercial y manufacturero—, pero concibiendo todavía esta actividad en sus límites de simple productora de dinero. Frente a este sistema, el sistema fisiocrático presenta a una forma determinada de trabajo —la agricultura— como fuente de la riqueza; el objeto mismo no aparece ya bajo el disfraz del dinero, sino como producto en general, como resultado general del trabajo. Este producto, en razón de la naturaleza limitada de la actividad, es concebido como un producto natural, un producto de la agricultura, un producto de la tierra par excellence.

Un enorme progreso se dio cuando Adam Smith rechazó todo carácter determinado de la actividad creadora de riqueza considerándola simplemente como trabajo; dicho de otro modo, ni trabajo manufacturero, ni trabajo comercial, ni agricultura, sino todas las actividades sin distinción. Con la universalidad abstracta de la actividad creadora de riqueza, se da al mismo tiempo la universalidad del objeto en tanto que riqueza, el producto en general o, una vez más, el trabajo general, pero en tanto que trabajo pasado, materializado. La dificultad e importancia de esta transición lo prueba el hecho de que el mismo Adam Smith vuelve a caer de cuando en cuando en el sistema fisiocrático. Podría parecer ahora que de este modo se habría encontrado simplemente la expresión abstracta de la relación más simple y antigua de la actividad productora de los hombres, cualquiera haya sido la forma de la sociedad. Esto es cierto en un sentido, pero no en otro.

La indiferencia frente a un género determinado de trabajo supone una totalidad muy desarrollada de géneros de trabajos reales, ninguno de los cuales predomina sobre los demás. Así, las abstracciones más generales surgen sólo allí donde existe el desarrollo concreto más rico, donde una característica aparece como común a muchos, a todos. Entonces ya no puede ser imaginada solamente desde una forma particular. Por otra parte, esta abstracción del trabajo en general no es solamente el resultado en el pensamiento de una totalidad concreta de trabajos. La indiferencia hacia un trabajo particular corresponde a una forma de sociedad en la cual los individuos pueden pasar fácilmente de un trabajo a otro y en la que el género determinado de trabajo es para ellos fortuito y, por lo tanto, indiferente. El trabajo se ha convertido entonces, no sólo en cuanto categoría, sino también en la misma realidad, en un medio de producir la riqueza en general, y ha dejado de confundirse con el individuo como un destino especial suyo. Este estado de cosas es desarrollado al máximo en el tipo más moderno de sociedad burguesa, en los Estados Unidos. Aquí, pues, la abstracción de la categoría "trabajo", el "trabajo en general", el trabajo sans phrase, que es el punto de partida de la economía moderna, resulta por primera vez prácticamente cierta. De este modo, la abstracción más simple que la economía moderna coloca en el vértice y que expresa un fenómeno ancestral, válido para todas las formas de sociedad, aparece sin embargo como prácticamente cierta en esta abstracción sólo como categoría de la sociedad más moderna. Podría decirse que lo que aparece en los Estados Unidos como un producto histórico —me refiero a esta indiferencia hacia un trabajo determinado—

do—, se presenta entre los rusos, por ejemplo, como "una disposición natural". Pero en primer lugar, existe una diferencia enorme entre bárbaros aptos para ser empleados en cualquier cosa y civilizados que se dedican ellos mismos a todo. Además, a esta indiferencia hacia el trabajo determinado corresponde prácticamente, en los rusos, la sujeción tradicional a un trabajo bien determinado, del que sólo pueden arrancarles las influencias exteriores.

Este ejemplo del trabajo muestra de una manera clara cómo las categorías más abstractas, a pesar de su validez (precisamente debido a su naturaleza abstracta) para todas las épocas, son no obstante, en lo que hay de determinado en esta abstracción, el producto de condiciones históricas y no poseen plena validez sino para estas condiciones y dentro de sus límites.

La sociedad burguesa es la organización histórica de la producción más desarrollada y más diferenciada. Las categorías que expresan sus condiciones y la comprensión de sus estructuras permiten al mismo tiempo comprender la estructura y las relaciones de producción de todos los tipos de sociedad desaparecidos, sobre cuyas ruinas y elementos se halla edificada y cuyos vestigios, aún no separados, continúa arrastrando, mientras que aquello que estaba apenas insinuado se ha desarrollado plenamente, etc. La anatomía del hombre es una clave para la anatomía del mono. Aquello que en las especies animales inferiores insinúa una forma superior no puede, por el contrario, ser comprendido sino cuando se conoce la forma superior. La economía burguesa suministra así la clave de la economía antigua, etc. Pero no ciertamente al modo de los economistas, que cancelan todas las diferencias históricas y ven la forma burguesa en todas las formas de sociedad. Puede comprender el tributo, el diezmo, etc., cuando se conoce la renta territorial; pero no hay que identificarlos. Además, como la sociedad burguesa no es en sí más que una forma antagónica de la evolución, ciertas relaciones pertenecientes a formaciones sociales anteriores aparecen en ella sólo de manera atrofiada o hasta disfrazadas; por ejemplo, la propiedad comunal. En consecuencia, si es cierto que las categorías de la economía burguesa poseen cierto grado de validez para todas las otras formas de sociedad, esto debe ser admitido cum grano salis. Ellas pueden contenerlas bajo una forma desarrollada, atrofiada, disfrazada, etc., pero la diferencia será siempre esencial. La pretendida evolución histórica reposa en general en el hecho de que la última formación social considera las formas pasadas como otras tantas etapas hacia ella misma, y en el hecho de que las concibe siempre de manera unilateral. Sólo muy raramente —y únicamente en condiciones bien determinadas— es capaz de criticarse a sí misma. Aquí no se trata, como es natural, de esos períodos históricos que se consideran a sí mismos como una época de decadencia. La religión cristiana pudo ayudarnos a comprender de una manera objetiva las mitologías anteriores sólo cuando su autocrítica estuvo hasta cierto punto acabada, completa, por así decirlo *dynamei* (virtualmente). Del mismo modo, la economía burguesa únicamente llegó a comprender la sociedad feudal, antigua, oriental, cuando comenzó a criticarse a sí misma. Precisamente porque la economía burguesa no se identificó pura y simplemente con el pasado fabricándose mitos, su crítica de las sociedades anteriores, sobre todo del feudalismo contra el cual tuvo que luchar directamente, fue semejante a la crítica dirigida por el cristianismo contra el paganismo, o también a la del protestantismo contra el catolicismo.

Como en toda ciencia histórica y social en general, al

ordenar las categorías económicas conviene siempre recordar que el sujeto —la sociedad burguesa moderna en este caso— existe como algo dado tanto en la realidad como en la mente, y que las categorías expresan formas y modos de existencia, a menudo simples aspectos, de esta sociedad, de este sujeto. Desde el punto de vista científico, su existencia es anterior al momento en que se comienza a hablar de ella en tanto que tal; esto es cierto también para las categorías económicas. Es una regla esencial pues ayuda de manera decisiva a establecer el plan de estudios.

Nada parece más natural, por ejemplo, que comenzar por la renta del suelo, la propiedad territorial, porque se halla ligada a la tierra, fuente de toda producción y de toda existencia, así como a la primera forma de producción de todas las sociedades más o menos estabilizadas: la agricultura. Y sin embargo, nada más falso que esto. En todas las formas de sociedad existe una determinada producción que decide del rango y de la importancia de todas las otras. Es como una luz general en la que se bañan todos los colores modificando sus tonalidades particulares. Es como un éter particular que determina el peso específico de todas las formas de existencia que allí toman relieve. Consideremos, por ejemplo, los pueblos pastores (los simples pueblos de cazadores y pescadores están fuera de la esfera donde comienza el verdadero desarrollo). Existe entre ellos cierta forma esporádica de agricultura que determina la propiedad de la tierra. Esta propiedad es común y conserva esta forma en mayor o menor grado según que esos pueblos estén más o menos adheridos a sus tradiciones: véase por ejemplo la propiedad comunal entre los eslavos. Entre los pueblos que practican la agricultura sedentaria —lo cual constituye ya un progreso considerable—, así como en la sociedad antigua y feudal, la industria y su organización, y las formas de propiedad que le corresponden, tienen en mayor o menor medida el carácter de propiedad territorial. La industria depende completamente de la agricultura, como entre los antiguos romanos; o bien, como en el medioevo, ella imita la organización rural en la ciudad. En la Edad Media el capital mismo (en cuanto no es simplemente capital monetario), como utensilio artesanal, etc., tradicional, etc., tiene este carácter de propiedad territorial. En la sociedad burguesa ocurre lo contrario. La agricultura se transforma de más en más en una simple rama de la industria y es dominada completamente por el capital. Lo mismo ocurre con la renta territorial. En todas las formas de sociedad en que domina la propiedad territorial, la relación con la naturaleza es aún predominante. En aquellas donde reina el capital, la preponderancia pertenece a los elementos que han sido creados por la sociedad y por la historia. No se puede comprender la renta del suelo sin el capital, pero se puede comprender el capital sin la renta del suelo. El capital es la fuerza económica que lo domina todo. Constituye necesariamente, tanto el punto de partida como el de llegada, y debe ser explicado antes que la renta del suelo. Una vez estudiados específicamente —capital y renta del suelo— es menester examinar su relación recíproca.

En consecuencia, sería falso e inoportuno alinear las categorías económicas en el orden en que fueron históricamente determinantes. Su orden de sucesión es, por el contrario, determinado por las relaciones que existen entre ellas en la sociedad burguesa moderna, y resulta precisamente el inverso del que parece ser su orden natural o del que correspondería a su orden de sucesión en el curso de la evolución histórica. No se trata de la posición que las relaciones económicas ocupen históricamente en

la sucesión de los diferentes tipos de sociedad.

des. Aún menos de su orden de sucesión "en la idea" (Proudhon), concepción nebulosa, si la hay, del movimiento histórico. Se trata de su jerarquía y de su conexión orgánica en el interior de la sociedad burguesa moderna.

Los pueblos comerciantes —fenicios, cartagineses— aparecieron en toda su pureza en el mundo antiguo: esta pureza (de la determinación abstracta) proviene precisamente de la supremacía adquirida por los pueblos agricultores. El capital como capital comercial o capital monetario, se presenta justamente bajo esta forma abstracta allí donde el capital no es aún el elemento dominante de la sociedad. Los lombardos, los judíos, ocupan la misma posición respecto de las sociedades medievales que practican la agricultura.

Otro ejemplo de las distintas posiciones que ocupan las mismas categorías en los diversos estadios de la sociedad: una de las últimas instituciones de la sociedad burguesa, las sociedades por acciones (joint-stock-companies), aparecen también en sus comienzos en las grandes compañías comerciales privilegiadas que gozan de monopolios.

El concepto mismo de riqueza nacional se insinúa entre los economistas del siglo XVII (la idea subsiste en parte entre los del siglo XVIII) bajo un aspecto tal que la riqueza aparece creada únicamente por el Estado, cuya potencia aparece proporcional a esta riqueza. Era ésta una forma todavía inconscientemente hipócrita bajo la cual la riqueza y la producción de la misma se anunciaban como el fin de los Estados modernos, considerados en adelante únicamente como medios de producir riqueza.

He aquí cómo se esboza desde entonces el plan de este estudio:

1° Las determinaciones que, en su generalidad abstracta, son comunes en mayor o menor medida a todos los tipos de sociedad, pero en el sentido arriba expuesto.

2° Las categorías que constituyen la estructura interna de la sociedad burguesa y sobre las cuales reposan las clases fundamentales: Capital, trabajo asalariado, propiedad territorial. Sus relaciones recíprocas. Ciudad y campo. Las tres grandes clases sociales. El cambio entre ellas. Circulación. Crédito (privado).

3° Síntesis de la sociedad burguesa bajo la forma de Estado. El Estado considerado en sí mismo. Las clases "improductivas". Impuestos. Deuda pública. Crédito público. La población. Las colonias. Emigración.

4° La producción en sus relaciones internacionales. División internacional del trabajo. Cambios internacionales. Exportación e importación. Curso del cambio.

5° El mercado mundial y las crisis.

4. PRODUCCIÓN. MEDIOS DE PRODUCCIÓN Y RELACIONES DE PRODUCCIÓN.
RELACIONES DE PRODUCCIÓN Y RELACIONES DE CIRCULACIÓN.
FORMAS DEL ESTADO Y DE LA CONCIENCIA EN SU RELACIÓN CON LAS RELACIONES
DE PRODUCCIÓN Y DE CIRCULACIÓN.
RELACIONES JURÍDICAS. RELACIONES FAMILIARES.

Nota bene. Respecto de los puntos que han de tratarse aquí y que no deben ser olvidados:

1) La guerra. La organización de la guerra es anterior a la de la paz: mostrar cómo ciertas relaciones económicas tales como el trabajo asalariado, el maquinismo, etc., han sido desarrolladas por la guerra y en los ejércitos antes de desarrollarse en el interior de la sociedad burguesa. Del mismo modo, el ejército ilustra muy particularmente la relación entre fuerzas productivas y relaciones de distribución.